EL HOBBIT

ILUSTRADO POR EL AUTOR





J.R.R. Tolkien





El Hobbit

por

J.R.R. Tolkien

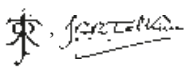
Prólogo de Christopher Tolkien

Ilustrado por el autor

minotauro



El Hobbit ilustrado por el autor
Publicado originalmente en inglés por HarperCollins*Publishers* Ltd. con el título *The Illustrated Hobbit*
© The Tolkien Estate Limited 1937, 1965
J.R.R Tolkien manifiesta su derecho moral a ser reconocido como el autor de esta obra
Copyright © The Tolkien Estate Limited 1937, 1965
Ilustraciones de J.R.R. Tolkien © The Tolkien Estate Limited 1937, 1972, 1975, 1976, 1978, 1987, 1988, 1995, 2007, 2011
Prólogo de Christopher Tolkien © The Estate of C.R. Tolkien 1987, 2007
Nota sobre las ilustraciones © Wayne G. Hammond & Christina Scull 2011, 2023

 y 'Tolkien'® son marcas registradas de The J. R. R. Tolkien Estate Limited

© Traducción de Manuel Figueroa
© Traducción del «Prefacio» de Gabriela Ellena Castellotti y Mónica Sanz
© Traducción de la Nota y la Nota sobre las ilustraciones de Mónica Sanz, 2024
Revisión de los textos a cargo de Martin Simonson
Revisión de los poemas a cargo de Nur Ferrante
Adaptación de los mapas y runas de Mónica Sanz Rodríguez y Fernando López Ayelo

Diseño de cubierta: Mike Topping
Adaptación del diseño de cubierta: Book & Look
Fotografía del autor de John Wyatt

Las ilustraciones de este libro se reproducen por cortesía de la Bodleian Library, Universidad de Oxford, de sus fondos catalogados como MS. Tolkien Drawings 1-3, 7-10, 12-14, 17, 19, 21, 22, 22v, 23-31, 33-5; 84 fol. 37; 88 fol. 20; 89 fols. 17, 17v, 19, 21, 23-6, 30, 33, 34, 36, 38, 45, 46, 48, 48v & 49; 102 & 104; aquellas que aparecen en las páginas ix, xiv, xv & opuesta a la 110 se reproducen con el permiso del Departamento de Colecciones Especiales y Archivos Universitarios, Raynor Memorial Libraries, Marquette University, Milwaukee, Wisconsin, de su colección catalogada como MS. Tolkien, Mss-I/I/I/Ia, Mss-I/I/I/Ib, I/I/7/10a & Ad.Ms.H2
Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Copyright © 1982, 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición
Reservados todos los derechos

ISBN: 978-84-450-1721-0
Depósito legal: B. 8.387-2024
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros
www.sociedadtolkien.org

ÍNDICE

Lista de ilustraciones VII
Nota XI
Prólogo a la edición del 50 aniversario XIII
Nota sobre las ilustraciones XXXIII

1. Una fiesta inesperada 3
2. Carnero asado 29
3. Un breve descanso 45
4. Sobre la colina y bajo la colina 55
5. Acertijos en las tinieblas 67
6. De la sartén al fuego 88
7. Extraños aposentos 108
8. Moscas y arañas 134
9. Barriles de contrabando 162
10. Una cálida bienvenida 179
11. En el umbral 191
12. Información secreta 200
13. Nadie en casa 220
14. Fuego y agua 232
15. El encuentro de las nubes 242
16. Un ladrón en la noche 252
17. Las nubes estallan 259
18. El viaje de vuelta 271
19. La última etapa 280

1

UNA FIESTA INESPERADA

En un agujero en el suelo, vivía un hobbit. No un agujero húmedo, sucio, repugnante, con restos de gusanos y olor a fango, ni tampoco un agujero seco, desnudo y arenoso, sin nada en que sentarse o que comer: era un agujero-hobbit, y eso significa comodidad.

Tenía una puerta redonda, perfecta como un ojo de buey, pintada de verde, con una manilla de bronce dorada y brillante, justo en el medio. La puerta se abría a un vestíbulo cilíndrico, como un túnel: un túnel muy cómodo, sin humos, con paredes revestidas de madera y suelos enlosados y alfombrados, provistos de sillas barnizadas, y montones y montones de colgadores para sombreros y abrigos; el hobbit era aficionado a las visitas. El túnel se extendía serpeando, y penetraba bastante, pero no directamente, en la ladera de la colina —La Colina, como la llamaba toda la gente de muchas millas alrededor—, y muchas puertecitas redondas se abrían en él, primero a un lado y luego al otro. Nada de subir escaleras para el hobbit: dormitorios, cuartos de baño, bodegas, despensas (muchas), armarios (habitaciones enteras dedicadas a ropa), cocinas, comedores, se encontraban en la misma planta, y en verdad en el mismo pasillo. Las mejores habitaciones estaban todas a la izquierda de la puerta principal (según se entraba), pues eran las únicas que tenían ventanas, ventanas redondas, profundamente excavadas, que miraban al jardín y los prados de más allá, camino del río.

Este hobbit era un hobbit acomodado, y se apellidaba Bolsón. Los Bolsón habían vivido en las cercanías de La Colina desde hacía muchísimo tiempo, y la gente los consideraba muy respetables, no sólo porque casi todos eran ricos, sino también porque nunca tenían ninguna aventura ni hacían algo inesperado: uno podía saber lo que diría un Bolsón acerca de cualquier asunto sin necesidad de preguntárselo. Ésta es la historia de cómo un Bolsón tuvo una aventura, y acabó haciendo y diciendo cosas por completo inesperadas. Podría haber perdido el respeto de los vecinos, pero ganó... Bueno, ya veréis si al final ganó algo.

La madre de nuestro hobbit particular... pero ¿qué es un hobbit? Supongo que hoy en día los hobbits necesitan que se los describa de algún modo, ya que se volvieron bastante raros y tímidos con la Gente Grande, como nos llaman. Son (o fueron) gente menuda de la mitad de nuestra talla, y más pequeños que los enanos barbados. Los hobbits no tienen barba. Hay poca o ninguna magia en ellos, excepto esa común y cotidiana que los ayuda a desaparecer en silencio y rápidamente, cuando gente grande y estúpida como vosotros o yo se acerca sin mirar por dónde va, con un ruido de elefantes que puede oírse a una milla de distancia. Tienden a ser gruesos de vientre; visten de colores brillantes (sobre todo verde y amarillo); no usan zapatos, porque en los pies tienen suelas naturales de piel y un pelo espeso y tibio de color castaño, como el que les crece en la cabeza (que es rizado); los dedos son largos, mañosos y morenos, los rostros afables, y se ríen con profundas y jugosas risas (especialmente después de cenar, lo que hacen dos veces al día, cuando pueden). Ahora sabéis lo suficiente como para continuar el relato. Como iba diciendo, la madre de este hobbit —o sea, Bilbo Bolsón— era la famosa Belladonna Tuk, una de las tres extraordinarias hijas del Viejo Tuk, patriarca de los hobbits que vivían al otro lado de El Agua, el riachuelo que corría al pie de La Colina. Se decía a menudo (en otras familias) que tiempo atrás un antepasado de los Tuk se había casado sin duda con un hada. Eso era, desde luego, absurdo, pero estaba claro que había todavía algo no del todo hobbit en ellos, y de



Una mañana temprano en la quietud del mundo

cuando en cuando miembros del clan Tuk salían de aventuras. Desaparecían con discreción, y la familia echaba tierra sobre el asunto; pero los Tuk no eran tan respetables como los Bolsón, aunque indudablemente más ricos.

No es que Belladonna Tuk hubiera tenido ninguna aventura después de convertirse en la señora de Bungo Bolsón. Bungo, el padre de Bilbo, le construyó el agujero-hobbit más lujoso (en parte con el dinero de ella) que pudiera encontrarse bajo La Colina o sobre La Colina o al otro lado de El Agua, y allí se quedaron hasta el fin de sus días. No obstante, es probable que Bilbo, su único hijo, a pesar de parecerse y de comportarse exactamente como una segunda edición de su padre, firme y comodón, tuviese alguna rareza de carácter del lado de los Tuk, algo que sólo esperaba una ocasión para salir a la luz. La ocasión no llegó a presentarse nunca, hasta que Bilbo Bolsón fue un adulto que rondaba los cincuenta años y vivía en el hermoso agujero-hobbit que acabo de describiros, y cuando en verdad ya parecía que se había asentado allí para siempre.

Por alguna curiosa coincidencia, una mañana de hace tiempo en la quietud del mundo, cuando había menos ruido y más verdor, y los hobbits eran todavía numerosos y prósperos, y Bilbo Bolsón estaba de pie en la puerta del agujero, después del desayuno, fumando una enorme y larga pipa de madera que casi le llegaba a los dedos lanudos de los pies (bien cepillados), Gandalf apareció de pronto. ¡Gandalf! Si sólo hubieseis oído un cuarto de lo que yo he oído de él, y he oído sólo muy poco de todo lo que hay que oír, estaríais preparados para cualquier especie de cuento notable. Cuentos y aventuras brotaban por dondequiera que pasara, de la forma más extraordinaria. No había bajado a aquel camino al pie de La Colina desde hacía años y años, desde la muerte de su amigo el Viejo Tuk, y los hobbits casi habían olvidado cómo era. Había estado lejos, más allá de La Colina y del otro lado de El Agua por asuntos particulares, desde el tiempo en que todos ellos eran pequeños niños hobbits y niñas hobbits.

Todo lo que el confiado Bilbo vio aquella mañana fue un anciano con un bastón. Llevaba un sombrero azul, alto y puntiagudo,

una larga capa gris, una bufanda de plata sobre la que colgaba una barba larga y blanca hasta más abajo de la cintura, y unas enormes botas negras.

—¡Buenos días! —dijo Bilbo, y esto era exactamente lo que quería decir. El sol brillaba y la hierba estaba muy verde. Pero Gandalf lo miró desde abajo de las cejas largas y espesas, más sobresalientes que el ala del sombrero, que le ensombrecía la cara.

—¿Qué quieres decir? —preguntó—. ¿Me deseas un buen día, o quieres decir que es un buen día, lo quiera yo o no; o que hoy te sientes bien; o que es un día en que conviene ser bueno?

—Todo eso a la vez —dijo Bilbo—. Y un día estupendo para una pipa de tabaco a la puerta de casa, además. ¡Si lleváis una pipa encima, sentaos y tomad un poco de mi tabaco! ¡No hay prisa, tenemos todo el día por delante! —Entonces Bilbo se sentó en una silla junto a la puerta, cruzó las piernas y lanzó un hermoso anillo de humo gris que navegó en el aire sin romperse, y se alejó flotando sobre La Colina.

—¡Muy bonito! —dijo Gandalf—. Pero esta mañana no tengo tiempo para anillos de humo. Busco a alguien con quien compartir una aventura que estoy organizando, y es difícil dar con él.

—No me extraña... En estos lugares somos gente sencilla y tranquila y no estamos acostumbrados a las aventuras. ¡Cosas desagradables, molestas e incómodas que retrasan la cena! No me explico por qué atraen a la gente —dijo nuestro señor Bolsón, y metiendo un pulgar detrás del tirante, sopló otro anillo de humo más grande aún. Luego sacó el correo matutino y se puso a leer, fingiendo ignorar al viejo. Había decidido que no era su tipo de gente, y quería que se marchase. Pero el viejo no se movió. Permaneció apoyado en el bastón observando al hobbit sin decir nada, hasta que Bilbo se sintió bastante incómodo y aun un poco enfadado—. ¡Buenos días! —dijo al fin—. ¡No queremos aventuras aquí, gracias! ¿Por qué no probáis más allá de La Colina o al otro lado de El Agua? —Con esto daba a entender que la conversación había terminado.

—¡Para cuántas cosas empleas el *Buenos días*! —dijo Gandalf—.



Gandalf

Ahora lo que quieres decir es que me marche y que no serán buenos hasta que me vaya.

—¡De ningún modo, de ningún modo, mi querido señor! Veamos, no creo conocer vuestro nombre...

—¡Sí, sí, mi querido señor, y yo sí que conozco tu nombre, señor Bilbo Bolsón! Y tú también sabes el mío, aunque no recuerdes que yo pertenezco a él. ¡Yo soy Gandalf, y Gandalf me significa! ¡Quién iba a pensar que un hijo de Belladonna Tuk me daría los buenos días como si yo fuese un vendedor ambulante de botones!

—¡Gandalf, Gandalf! ¡Válgame el cielo! ¿No sois vos el mago errante que dio al Viejo Tuk un par de botones mágicos de diamante que se abrochaban solos y no se desabrochaban hasta que les dabas la orden? ¿No sois vos quien contaba en las reuniones aquellas historias maravillosas de dragones y trasgos y gigantes y rescates de princesas y la inesperada fortuna de los hijos de madre viuda? ¿No el hombre que acostumbraba a fabricar aquellos fuegos artificiales tan excelentes? ¡Los recuerdo! El Viejo Tuk los lanzaba en los solsticios de verano. ¡Espléndidos! Subían como grandes lirios, cabezas de dragón y árboles de cadena dorada que quedaban suspendidos en el aire durante todo el crepúsculo. —Ya os habréis dado cuenta de que el señor Bolsón no era tan prosaico como él mismo creía, y también de que era muy aficionado a las flores.— ¡Diantre! —continuó—. ¿No sois vos el Gandalf responsable de que tantos y tantos muchachos y muchachas apacibles partiesen presos de un deseo de vivir locas aventuras? Cualquier cosa desde trepar árboles a visitar elfos... o zarpar en barcos, ¡y navegar hacia otras costas! ¡Caramba! Por aquel entonces la vida solía ser bastante intere… Quiero decir, en un tiempo solíais perturbarlo todo por aquí. Os pido perdón, pero no tenía ni idea de que aún siguierais en activo.

—¿Qué iba a hacer, si no? —dijo el mago—. De cualquier modo, me complace ver que aún recuerdas algo de mí. Al menos, parece que recuerdas con cariño mis fuegos artificiales, y eso es reconfortante. Y en verdad, por la memoria de tu viejo abuelo Tuk y por la memoria de la pobre Belladonna, te concederé lo que has pedido.

—Perdón, ¡yo no he pedido nada!

—¡Sí, sí, lo has hecho! Dos veces ya. Mi perdón. Te lo doy. De hecho, iré tan lejos como para enviarte a esta aventura. Muy divertida para mí, muy buena para ti... y quizá también muy lucrativa, si sales de ella sano y salvo.

—¡Disculpad! No quiero ninguna aventura, gracias. Hoy no. ¡Buenos días! Pero venid a tomar el té... ¡cuando gustéis! ¿Por qué no mañana? ¡Sí, venid mañana! ¡Adiós! —Con esto el hobbit retrocedió escabulléndose por la redonda puerta verde, y la cerró lo más rápido que pudo sin llegar a parecer grosero. Al fin y al cabo, un mago es un mago.

«¡Para qué diablos lo habré invitado al té!», se dijo Bilbo cuando iba hacia la despensa. Acababa de desayunar hacía muy poco, pero pensó que un pastelillo o dos y un trago de algo le sentarían bien después del sobresalto.

Gandalf, mientras tanto, seguía delante de la puerta, riéndose larga y apaciblemente. Al cabo de un rato se acercó, y con la punta del bastón dibujó un signo extraño en la hermosa puerta verde del hobbit. Luego se alejó a grandes zancadas, justo en el momento en que Bilbo ya estaba terminando el segundo pastel y empezaba a pensar que había conseguido librarse al fin de cualquier posible aventura.

Al día siguiente casi se había olvidado de Gandalf. No recordaba muy bien las cosas, a menos que las escribiese en la Pizarra de Compromisos; de este modo: *Gandalf Té Miércoles*. El día anterior había estado demasiado aturdido como para ponerse a anotar nada.

Un momento antes de la hora del té se oyó un tremendo campanillazo en la puerta principal, ¡y entonces se acordó! Se apresuró y puso la marmita, sacó otra taza y un platillo y un pastel o dos más, y corrió a la puerta.

«¡Siento de veras haberle hecho esperar!», iba a decir, cuando vio que en realidad no era Gandalf para nada. Era un enano de barba azul, recogida en un cinturón dorado, y ojos muy brillantes bajo el capuchón verde oscuro. Tan pronto como la puerta se abrió, entró de prisa como si le estuviesen esperando.

Colgó la capa encapuchada en el colgador más cercano, y dijo: —¡Dwalin, a vuestro servicio! —saludando con una reverencia.

—¡Bilbo Bolsón, al vuestro! —dijo el hobbit, demasiado sorprendido como para hacer cualquier pregunta por el momento. Cuando el silencio que siguió empezó a hacerse incómodo, añadió—: Estoy a punto de tomar el té; por favor, acercaos y tomad algo conmigo. —Un tanto tieso, tal vez, pero su intención era amable. ¿Y qué haríais vosotros, si un enano llegara de súbito y colgara sus cosas en vuestro vestíbulo sin dar explicaciones?

Llevaban apenas un rato sentados a la mesa, en verdad estaban empezando el tercer pastelillo, cuando resonó otro campanillazo, todavía más estridente.

—¡Disculpad! —dijo el hobbit, y se encaminó hacia la puerta.

«¡Así que al fin habéis venido!» Esto era lo que iba a decirle ahora a Gandalf. Pero no era Gandalf. En cambio, vio en el umbral a un enano que parecía muy viejo, de barba blanca y capuchón escarlata; y éste también entró de un salto tan pronto como la puerta se abrió, como si fuera un invitado.

—Veo que han empezado a llegar —dijo cuando vio en el colgador el capuchón verde de Dwalin. Colocó el suyo rojo junto al otro y dijo: —¡Balin, a vuestro servicio! —con la mano en el pecho.

—¡Gracias! —dijo Bilbo casi sin voz. No era la respuesta más apropiada, pero el *han empezado a llegar* lo había dejado muy aturdido. Le gustaban las visitas, aunque prefería conocer a los invitados antes de que llegasen, e invitarlos él mismo. Tenía el terrible presentimiento de que los pasteles no serían suficientes, y, puesto que conocía las obligaciones de un anfitrión y las cumplía escrupulosamente, por dolorosas que fueran, sospechaba que él podría quedarse sin ninguno.

—¡Entre, y sírvase una taza de té! —consiguió decir después de inspirar hondo.

—Un poco de cerveza me iría mejor, si a vos no os importa, mi buen señor —dijo Balin, el de la barba blanca—. Pero no me importaría tomar un pastelillo, un pastelillo de semillas, si tenéis alguno.

—¡Muchos! —se encontró Bilbo respondiendo, sorprendido, y se encontró, también, corriendo a la bodega para echar en una jarra una pinta de cerveza, y después a la despensa a recoger dos sabrosos pastelillos de semillas que había hecho esa tarde para el refrigerio de después de la cena.

Cuando regresó, Balin y Dwalin estaban charlando a la mesa como viejos amigos (de hecho, eran hermanos). Bilbo estaba dejando la cerveza y el pastel delante de ellos, cuando de nuevo se oyó un fuerte campanillazo, y después otro.

«¡Esta vez seguro que es Gandalf!», pensó mientras avanzaba, resoplando, por el pasillo. Pero no; eran dos enanos más, ambos con capuchones azules, cinturones de plata y barbas amarillas; y cada uno de ellos llevaba una bolsa de herramientas y una pala. Saltaron al interior tan pronto como la puerta comenzaba a abrirse. Bilbo ya apenas se sorprendió.

—¿En qué puedo yo serviros, mis queridos enanos? —dijo.

—¡Kili, a vuestro servicio! —dijo uno—. ¡Y Fili! —añadió el otro; y ambos se sacaron a toda prisa los capuchones azules e hicieron una reverencia.

—¡Al vuestro y al de vuestra familia! —replicó Bilbo, recordando esta vez sus buenos modales.

—Veo que Dwalin y Balin están ya aquí —dijo Kili—. ¡Unámonos al tropel!

«¡Tropel!», pensó el señor Bolsón. «No me gusta el sonido de esa palabra. Necesito sentarme un minuto y recapacitar, y echar un trago.» Sólo había alcanzado a mojarse los labios, en un rincón, mientras los cuatro enanos se sentaban en torno a la mesa, y charlaban sobre minas y oro y problemas con los trasgos, y las depredaciones de los dragones, y un montón de otras cosas que él no entendía, y no quería entender, pues parecían demasiado aventureras, cuando, *din-don-dan*, la campana sonó de nuevo, como si algún travieso niño hobbit intentase arrancar el llamador.

—¡Alguien más a la puerta! —dijo parpadeando.

—Por el sonido yo diría que unos cuatro —dijo Fili—. Además, los vimos venir detrás de nosotros a lo lejos.

El pobrecito hobbit se sentó en el vestíbulo y, apoyando la cabeza en las manos, se preguntó qué había pasado, y qué pasaría ahora, y si todos se quedarían a cenar. En ese momento la campana sonó de nuevo más fuerte que nunca, y tuvo que correr hacia la puerta. Y no eran cuatro, sino *cinco*. Otro enano se les había acercado mientras él seguía en el vestíbulo preguntándose qué ocurría. Apenas había girado la manija y ya todos estaban dentro, haciendo reverencias y diciendo uno tras otro «a vuestro servicio». Dori, Nori, Ori, Oin y Gloin eran sus nombres, y al momento dos capuchones de color púrpura, uno gris, uno castaño y uno blanco, colgaban de los colgadores, y allá fueron los enanos con las manos anchas metidas en los cinturones de oro y plata a reunirse con los otros. Ya casi eran un tropel. Unos pedían cerveza del país, otros cerveza negra, uno café, y todos ellos pastelillos; de este modo tuvieron al hobbit muy ocupado durante un rato.

Una gran cafetera había sido puesta a la lumbre, los pastelillos de semillas ya se habían acabado, y los enanos empezaban a dar cuenta de una ronda de bollos con mantequilla, cuando de pronto... se oyó un fuerte golpe. No un campanillazo, sino un fuerte toc-toc en la preciosa puerta verde del hobbit. ¡Alguien estaba llamando a bastonazos!

Bilbo corrió por el pasillo, muy enfadado, y por completo atribulado y compungido; éste era el miércoles más desagradable que pudiera recordar. Abrió la puerta de un bandazo, y todos rodaron dentro, uno sobre otro. Más enanos, ¡cuatro más! Y detrás Gandalf, apoyado en su vara y riendo. Había hecho una muesca bastante grande en la hermosa puerta; a la vez que había borrado la marca secreta que pusiera allí la mañana anterior.

—¡Tranquilidad, tranquilidad! —dijo—. ¡No es propio de ti, Bilbo, tener a los amigos esperando en el felpudo y luego abrir la puerta de sopetón! ¡Déjame presentarte a Bifur, Bofur, Bombur, y sobre todo a Thorin!

—¡A vuestro servicio! —dijeron Bifur, Bofur y Bombur, los tres en hilera. En seguida colgaron dos capuchones amarillos y uno ver-

de pálido; y también uno celeste con una larga borla de plata. Este último pertenecía a Thorin, un enano enormemente importante, de hecho nada más y nada menos que el propio Thorin Escudo de Roble, a quien no le gustó nada caer de bruces sobre el felpudo de Bilbo con Bifur, Bofur y Bombur encima. Ante todo, Bombur era tremendamente gordo y pesado. Thorin era muy arrogante, y no dijo nada sobre estar al servicio de nadie; pero el pobre señor Bolsón le repitió tantas veces que lo sentía, que el enano gruñó al fin:— Le ruego no lo mencione más —y dejó de fruncir el entrecejo.

—¡Vaya, ya estamos todos aquí! —dijo Gandalf, mirando la hilera de trece capuchones, una muy vistosa colección de capuchones ceremoniales, y su propio sombrero en los colgadores—. ¡Qué alegre reunión! ¡Espero que quede algo de comer y beber para los rezagados! ¿Qué es eso? ¡Té! ¡No, gracias! Para mí un poco de vino tinto.

—Y también para mí —dijo Thorin.

—Y mermelada de frambuesa y tarta de manzana —dijo Bifur.

—Y pastelillos de carne y queso —dijo Bofur.

—Y pastel de carne de cerdo y también ensalada —dijo Bombur.

—Y más pasteles, y cerveza, y café, si no os importa —gritaron los otros enanos al otro lado de la puerta.

—Prepara unos pocos huevos, anda, ¡haz el favor! dijo Gandalf levantando la voz, mientras el hobbit corría a las despensas—. ¡Y saca el pollo frío y unos encurtidos!

«¡Parece conocer el interior de mi despensa tanto como yo!», pensó el señor Bolsón, que se sentía del todo desconcertado y empezaba a preguntarse si la más lamentable aventura no había ido a caer justo a su propia casa. Cuando terminó de apilar las botellas y los platos y los cuchillos y los tenedores y los vasos y las fuentes y las cucharas y demás cosas en grandes bandejas, estaba acalorado, rojo como la grana y muy fastidiado.

—¡Fustigados y condenados enanos! —dijo en voz alta—. ¿Por qué no vienen y me echan una mano? —Y he aquí que allí estaban Balin y Dwalin en la puerta de la cocina, y Fili y Kili tras ellos, y antes de que pudiese decir *cuchillo*, ya se habían llevado a toda prisa

las bandejas y un par de mesas pequeñas al salón, y allí colocaron todo otra vez.

Gandalf se puso a la cabecera, con los trece enanos alrededor, y Bilbo se sentó en un taburete junto al fuego, mordisqueando una galleta (había perdido el apetito) e intentando aparentar que todo era normal y de ningún modo una aventura. Los enanos comieron y comieron, charlaron y charlaron, y el tiempo pasó. Por fin echaron atrás las sillas, y Bilbo se puso en movimiento, con la intención de recoger los platos y los vasos.

—Supongo que os quedaréis todos a cenar —dijo en uno de sus más educados y reposados tonos.

—¡Claro que sí! —dijo Thorin—, y después también. No nos meteremos en el asunto hasta más tarde, y antes necesitamos un poco de música. ¡Ahora a levantar las mesas!

En seguida los doce enanos —no Thorin, él era demasiado importante, y se quedó charlando con Gandalf— se incorporaron de un salto, e hicieron enormes pilas con todas las cosas. Allá se fueron, sin esperar las bandejas, llevando en equilibrio en una mano las columnas de platos, cada una de ellas con una botella encima, mientras el hobbit corría detrás casi dando chillidos de miedo: —¡Por favor, cuidado! —y— ¡Por favor, no se molesten! Yo me las arreglo. —Pero los enanos no le hicieron caso y se pusieron a cantar:

¡Mellad vasos y romped platos!
¡Desafilad cuchillos y tenedores doblad!
¡Esto es lo que Bilbo Bolsón detesta tanto!
¡Estallad botellas y sus corchos quemad!

¡El mantel rasgad y aplastad la manteca!
¡Derramad la leche en la despensa!
¡Los huesos en la alfombra del cuarto dejad!
¡Las puertas todas de vino salpicad!

¡Tirad los cacharros en cántaro hirviendo;
hacedlos trizas a garrotazos;
y cuando terminéis, si aún queda algo intacto,
echadlo a rodar pasillo abajo!

¡Esto es lo que Bilbo Bolsón detesta tanto!
De modo que, ¡cuidado! ¡Cuidado con los platos!

Y desde luego no hicieron ninguna de estas cosas terribles, y todo se limpió y se guardó a la velocidad del rayo, mientras el hobbit daba vueltas y más vueltas en medio de la cocina intentando ver qué hacían. Al fin regresaron, y encontraron a Thorin con los pies en el guardafuego fumándose una pipa. Estaba haciendo unos enormes anillos de humo, y dondequiera que le dijera a uno que fuese, allí iba —chimenea arriba, o detrás del reloj sobre la repisa, o bajo la mesa, o girando y girando en el techo—, pero dondequiera que fuesen no eran bastante rápidos para escapar a Gandalf. ¡Pop! De la pipa de barro de Gandalf subía en seguida un anillo más pequeño que atravesaba el último anillo de Thorin. Luego el anillo de Gandalf se volvía verde, y bajaba a flotar sobre la cabeza del mago. Tenía ya toda una nube alrededor, y a la luz borrosa parecía una figura extraña y hechizante. Bilbo permanecía inmóvil y observaba —le encantaban los anillos de humo— y se sonrojó al recordar qué orgulloso había estado de los anillos que en la mañana anterior lanzara al viento sobre La Colina.

—¡Ahora un poco de música! —dijo Thorin—. ¡Sacad los instrumentos!

Kili y Fili se apresuraron a buscar las bolsas y trajeron unos pequeños violines; Dori, Nori y Ori sacaron unas flautas de algún bolsillo interior de los capotes; Bombur sacó un tambor del vestíbulo; Bifur y Bofur salieron también, y volvieron con unos clarinetes que habían dejado entre los bastones. Dwalin y Balin dijeron: —¡Disculpadme, dejé el mío en el porche! —Y Thorin dijo—: ¡Trae el mío también! —Regresaron con unas violas tan grandes como ellos

mismos, y con el arpa de Thorin envuelta en una tela verde. Era una hermosa arpa dorada, y cuando Thorin la rasgueó, los otros enanos empezaron juntos a tocar una música, tan súbita y dulcemente que Bilbo olvidó todo lo demás, y fue transportado a unas tierras distantes y oscuras, bajo lunas extrañas, lejos de El Agua y muy lejos del agujero-hobbit bajo La Colina.

La oscuridad penetró en la habitación por el ventanuco que se abría en la ladera de La Colina; el fuego parpadeaba —era abril— y aún seguían tocando, mientras la sombra de la barba de Gandalf danzaba sobre la pared.

La oscuridad invadió toda la habitación, y el fuego se extinguió y las sombras se borraron; y todavía seguían tocando. Y de pronto, uno primero y luego otro, mientras tocaban, entonaron el canto grave de los enanos en lo más hondo de sus antiguas moradas, y estos versos son como un fragmento de esa canción, aunque no hay comparación posible sin la música.

Más allá de las gélidas montañas nubladas
a mazmorras profundas y cavernas ancianas,
hemos de partir antes del alba,
en busca del oro pálido embrujado.

Hechizos hicieron enanos de antaño poderosos
mientras sus mazas abatían a campanadas,
en simas donde duermen criaturas sombrías,
en salas bajo colinas socavadas.

Para el antiguo rey y el señor de los Elfos
un sinfín de tesoros en resplandor dorados
labraban y forjaban, y la luz atrapaban
ocultándola en gemas de empuñaduras de espadas.

En collares de plata ponían y engarzaban
estrellas florecientes, en coronas colgaban

el fuego del dragón, de espiral filamento
la luz entretejían de la luna y del sol.

Más allá de las gélidas montañas nubladas
a mazmorras profundas y cavernas ancianas,
hemos de partir antes del alba,
a reclamar el oro olvidado hace tanto.

Allí, labraban cálices para sí
y arpas de oro; donde nadie ahondaba.
Allí, largo tiempo pasaron; y muchos cantos entonaron
que hombres o elfos jamás escucharon.

Los pinos rugían en la cima,
los vientos gemían en la noche,
el fuego era carmín, su llama se extendía,
y los árboles como antorchas de luz resplandecían.

Tocaban en el valle las campanas,
y los hombres al cielo lívidos miraban;
la ira del dragón, más violenta que el fuego,
derribaba sus torres y frágiles casas.

La montaña humeaba bajo la luna;
los pasos del destino oyeron los enanos.
De sus salones en huida caídos muertos
bajo sus pies, a la luz de la luna.

Más allá de las grises montañas nubladas
a mazmorras profundas y cavernas umbrías,
hemos de partir antes del alba,
¡a quitarle nuestro oro y arpas!

Mientras cantaban, el hobbit sintió dentro de él el amor de las cosas hermosas hechas a mano con ingenio y magia; un amor fiero y celoso, el deseo de los corazones de los enanos. Entonces algo de los Tuk despertó en él: deseó salir y ver las grandes montañas, y oír los pinos y las cascadas, y explorar las cavernas, y llevar una espada en vez de un bastón. Miró por la ventana. Las estrellas asomaban fuera en el cielo oscuro, sobre los árboles. Pensó en las joyas de los enanos que brillaban en las cavernas tenebrosas. De repente, en el bosque de más allá de El Agua se alzó un fuego —quizá alguien encendía una hoguera—, y pensó en dragones saqueadores que invadían la pacífica Colina envolviendo todo en llamas. Se estremeció; y en seguida volvió a ser el sencillo señor Bolsón, de Bolsón Cerrado, Sotomonte, otra vez.

Se incorporó temblando. Tenía muy pocas ganas de traer la lámpara, y bastantes más de fingir que iba a buscarla y marcharse y esconderse luego en la bodega detrás de los barriles de cerveza y no volver a salir hasta que los enanos se fueran. De pronto advirtió que la música y el canto habían cesado y que todos lo miraban con ojos brillantes en la oscuridad.

—¿Adónde vas? —le preguntó Thorin, en un tono que parecía querer mostrar que adivinaba los pensamientos contradictorios del hobbit.

—¿Qué os parece un poco de luz? —dijo Bilbo disculpándose.

—Nos gusta la oscuridad —dijeron todos los enanos—. ¡Oscuridad para asuntos oscuros! Faltan aún muchas horas hasta el alba.

—¡Por supuesto! —dijo Bilbo, y volvió a sentarse a toda prisa. No acertó a sentarse en el taburete y se sentó en cambio en el guardafuegos, derribando con estrépito el atizador y la pala.

—¡Silencio! —dijo Gandalf—. ¡Que hable Thorin! —Y así fue como Thorin empezó.

—¡Gandalf, enanos y señor Bolsón! Nos hemos reunido en casa de nuestro amigo y compañero conspirador, este hobbit de lo más excelente y audaz. ¡Que nunca se le caiga el pelo de los pies! ¡Toda nuestra alabanza al vino y a la cerveza de esta mesa!

Se detuvo a tomar un respiro y a esperar una cortés observación del hobbit, pero al pobre Bilbo se le habían agotado las cortesías, y movía la boca tratando de protestar porque lo habían llamado *audaz*, y peor que eso, *compañero conspirador*, aunque no emitió ningún sonido, pues se sentía de veras estupefacto. De modo que Thorin continuó:

—Nos hemos reunido aquí para discutir nuestros planes, medios, política y estrategias. Emprenderemos ese largo viaje poco antes de que rompa el día, un viaje que para algunos de nosotros, o quizá para todos (excepto para nuestro amigo y consejero, el ingenioso mago Gandalf) sea un viaje sin retorno. Éste es un momento solemne. Supongo que todos conocemos bien cuál es nuestro objetivo. Para el estimable señor Bolsón, y quizá para uno o dos de los enanos más jóvenes (creo que acertaría si nombrara a Kili y a Fili, por ejemplo), la situación exacta y actual podría necesitar de una breve explicación...

Éste era el estilo de Thorin. Era un enano importante. Si se lo hubieran permitido, quizá habría seguido así hasta quedarse sin aliento, sin dejar de decir a cada uno algo ya sabido. Pero lo interrumpieron de mal modo. El pobre Bilbo no pudo soportarlo más. Cuando oyó *quizá sea un viaje sin retorno* empezó a sentir que un chillido le subía desde dentro, y muy pronto estalló como el silbido de una locomotora a la salida de un túnel. Todos los enanos se pusieron en pie de un salto, derribando la mesa. Gandalf golpeó el extremo de la vara mágica, que emitió una luz azul, y en el resplandor se pudo ver al pobre hobbit de rodillas sobre la alfombra junto al hogar, temblando como una gelatina que se derrite. En seguida cayó de bruces al suelo, y se puso a gritar: —¡Alcanzado por un rayo, alcanzado por un rayo! —una y otra vez, y eso fue todo lo que pudieron sacarle durante largo tiempo. Así que lo levantaron y lo tumbaron en un sofá de la sala, con un trago a mano, y volvieron a sus oscuros asuntos.

—Excitable el compañerito —dijo Gandalf, mientras se sentaban de nuevo—. Tiene extraños y graciosos ataques, pero es uno de

los mejores, os lo digo yo: tan fiero como un dragón en apuros.

Si habéis visto alguna vez un dragón en apuros, comprenderéis que esto sólo podía ser una exageración poética aplicada a cualquier hobbit, aun a Toro Bramador, el tío bisabuelo del Viejo Tuk, tan enorme (para ser un hobbit) que hasta podía montar a caballo. En la batalla de los Campos Verdes había cargado contra las filas de trasgos del Monte Gram, y blandiendo una porra de madera le arrancó de cuajo la cabeza al rey Golfimbul. La cabeza salió disparada unas cien yardas por el aire y fue a dar a la madriguera de un conejo, y de esta forma, y a la vez, se ganó la batalla y se inventó el juego del golf.

Mientras tanto, sin embargo, el más gentil descendiente de Toro Bramador volvía a la vida en la sala de estar. Al cabo de un rato y luego de un trago se arrastró nervioso hacia la puerta. Esto fue lo que oyó; hablaba Gloin: —¡Hum! —o un bufido semejante—. ¿Creéis que servirá? Está muy bien que Gandalf diga que este hobbit es fiero, pero un chillido como ése en un momento de excitación bastaría para despertar al dragón y al resto de la parentela, y matarnos a todos. ¡Creo que sonaba más a miedo que a excitación! En verdad, si no fuese por la señal en la puerta, juraría que habíamos venido a una casa equivocada. Tan pronto como eché una ojeada a ese pequeñajo que se sacudía y resoplaba sobre el felpudo, tuve mis dudas. ¡Más parece un tendero que un saqueador!

En ese momento el señor Bolsón abrió la puerta y entró. La vena Tuk había ganado. De pronto sintió que si se quedaba sin cama ni desayuno podría parecer realmente fiero. En cuanto al *pequeñajo que se sacudía sobre el felpudo,* casi le hizo perder la cabeza. Más tarde, y a menudo, la parte Bolsón se lamentaría de lo que hizo entonces, y se diría: «Bilbo, fuiste un tonto; te decidiste a entrar y metiste la pata».

—Perdonadme —dijo—, si por casualidad he oído lo que estabais diciendo. No pretendo entender lo que habláis, ni esa referencia a saqueadores, pero no creo equivocarme si digo que sospecháis que no sirvo. —Esto es lo que él llamaba no perder la dignidad.— Lo

demostraré. No hay señal alguna en mi puerta, se pintó la semana anterior, y estoy seguro de que habéis venido a la casa equivocada. Desde el momento en que vi vuestras extrañas caras en el umbral tuve mis dudas. Pero considerad que es la casa correcta. Decidme lo que queréis que haga y lo intentaré, aunque tuviera que ir desde aquí hasta el Este del Este y luchar con los hombres gusanos del Último Desierto. Tuve, una vez, un tío architatarabuelo, Toro Bramador Tuk, y...

—Sí, sí, pero eso fue hace mucho —dijo Gloin—. Estaba hablando de vos. Y os aseguro que hay una marca en esta puerta: la normal en el negocio, o solía serlo. *Saqueador busca un buen trabajo, con mucha Excitación y Remuneración razonable*, así es como todo el mundo la entiende. Podéis decir *Buscador Experto de Tesoros* en vez de *saqueador* si lo preferís. Algunos lo hacen. Para nosotros es lo mismo. Gandalf nos dijo que había un hombre de esas características por estos lugares, que buscaba un trabajo inmediato, y que habían concertado una cita este miércoles, aquí y a la hora del té.

—Claro que hay una marca —dijo Gandalf—. La puse yo mismo. Por muy buenas razones. Me pedisteis que encontrara al decimocuarto hombre para vuestra expedición, y elegí al señor Bilbo. Basta que alguien diga que elegí al hombre o la casa equivocada y podéis quedaros en trece y tener toda la mala suerte que queráis, o volver a picar carbón.

Clavó la mirada con tal ira en Gloin que el enano se acurrucó en la silla; y cuando Bilbo intentó abrir la boca para hacer una pregunta, se volvió hacia él con el entrecejo fruncido, adelantando las cejas espesas, hasta que el hobbit cerró la boca de golpe.

—Está bien —dijo Gandalf—. No discutamos más. He elegido al señor Bolsón y eso tendría que bastar a todos. Si digo que es un saqueador, lo es de veras, o lo será llegado el momento. Hay mucho más en él de lo que imagináis y mucho más de lo que él mismo se imagina. Tal vez (posiblemente) aún viváis todos para agradecérmelo. Ahora, Bilbo, muchacho, ¡vete a buscar la lámpara y arrojemos un poco de luz sobre esto!